

diócesis de Paderborn, á la sazón unido al electorado de Colonia: allí impuso fuertes contribuciones especialmente á Soest y Lippstadt y se entregó á toda suerte de depredaciones para procurarse los medios de mantener á su ejército, entrando el 31 de enero de 1622 en Paderborn, donde conquistó rico botín sin respetar templos ni santuarios. Mientras sus insolentes jinetes hacían escarnio de las casullas y de las mitras, él hacía fundir estatuas de plata de los apóstoles y santos y acuñar con aquel metal monedas que llevaban por inscripción: «Amigo de Dios y enemigo del Papa.»

A principios de marzo Cristian, que ya disponía de 3.000 jinetes y 4.000 infantes, resolvió poner fin á sus correrías sin objeto alguno determinado é intentar seriamente unirse en el Palatinado con Mansfeld, pues era indudable que allí había de decidirse la suerte del conde palatino.

Durante estas correrías de Cristian, Mansfeld había conseguido en el Palatinado un nuevo auxiliar y el elector Federico un nuevo aliado en el margrave Jorge Federico de Baden-Durlach, el único miembro de la Union que no abandonó la causa del conde palatino y que, despues de haber reunido bajo diferentes pretextos un ejército de 20.000 hombres y para sustraer su territorio á la venganza y castigo del emperador, renunció solemnemente en 25 de abril de 1622, en presencia de sus hijos y consejeros, á todos sus bienes en favor de su primogénito para vivir en lo sucesivo como guerrero y poder apoyar la causa de su amigo el conde palatino. El ejército de este en el Palatinado alcanzó entonces con las fuerzas de Mansfeld y de Cristian la cifra de 50.000 hombres, y aunque á pesar de esto resultaba todavía inferior al liguista-imperial, que despues de la paz de Nikolsburg se había reforzado con los contingentes de Hungría y de los círculos bávaro y franconio, siempre constituía un ejército considerable que indudablemente hubiera podido ser mucho mas numeroso si con importantes y duraderos triunfos se hubiese logrado que á él se unieran los demás príncipes protestantes. En la corte del conde palatino y en todos los círculos á este adictos comenzaron á tomar gran vuelo las esperanzas, y el mismo Federico creyó que podía aventurarse á ponerse personalmente al frente de su ejército fomentando y manteniendo así el entusiasmo por su causa en las tropas y en las poblaciones de sus territorios. En efecto, el día 7 de abril salió de El Haya con el mayor sigilo, y despues de atravesar disfrazado y con mil peripecias París y la Lorena, llegó adonde estaba el ejército de Mansfeld: este había reanudado sus traidoras negociaciones con la archiduquesa Isabel, pero la repentina llegada del conde palatino puso término á ellas con gran asombro del intermediario español. Federico intentó desde Germersheim atraer á su causa al duque de Wurtemberg; pero este, haciéndose perfectamente cargo de su situación, sofocó el sentimiento de vivísima simpatía que le impulsaba á acceder á los deseos del conde palatino y se negó á prestar á este el apoyo que le demandaba.

Es indudable que la presencia sola del príncipe dió gran impulso á las operaciones militares que hasta entonces se habían circunscrito principalmente á simples correrías y saqueos. El día 27 de abril de 1622 libróse por primera vez, despues de mucho tiempo, una verdadera batalla que se empuñó en Wiesloch y en la cual Tilly fué completamente derrotado con pérdida, segun los cálculos mas exactos, de 2.000 hombres. Despues de esta victoria separáronse nuevamente los ejércitos de Mansfeld y del margrave de Baden, á poco de haberse unido, primero por lo muy difícil que se hacia el entretenimiento de fuerzas tan considerables, y segundo por la rivalidad existente entre los dos generales, cada uno de los cuales queria tener el mando en jefe.

Así las cosas, el día 6 de mayo trabóse en Wimpfen una

nueva batalla entre Tilly, cuyo ejército gracias á su union con el de Córdoba ascendía á 18.000 hombres, y el margrave de Baden que, despues de la separacion de Mansfeld, no disponía mas que de 15.000. A pesar de esa inferioridad numérica, en el campamento del margrave no habían decaído los ánimos y antes bien reinaba allí la mas absoluta confianza. En la tarde anterior al día de la acción Tilly ocupó una altura que dominaba todo el llano, no obstante lo cual el margrave emprendió el ataque, que comenzó entre tres y cuatro de la madrugada. Separándose de la táctica que entonces prevalecía, el margrave dispuso su ejército del modo como se disponía en tiempo de los hussitas, es decir, agrupando el convoy de manera que los carros formaran una especie de baluarte dentro del cual estaba apostada la mayor parte de la infantería. Comenzó la acción con nutrido fuego de artillería, protegido por el cual intentó el margrave desalojar por todos los medios posibles al enemigo de las ventajosas posiciones que ocupaba; pero su empeño fué vano. En toda la mañana ni se decidió el combate ni se trabó propiamente una batalla regular, pues de lo contrario no hubiera podido suspenderse como se suspendió la acción al mediodía para que las tropas reposasen durante aquellas horas de sol abrasador. Por la tarde inició tambien el margrave la refriega, pero al poco rato Tilly y Córdoba juntos tomaron la ofensiva, poniendo el primero en dispersion á la infantería de Baden; y aunque la caballería badense logró rechazarle, desde aquel punto la batalla tomó otro giro funesto para el margrave á causa del formidable ataque de los españoles mandados por Córdoba y á causa tambien de la explosion de varios carros de pólvora que estallaron en el baluarte formado por el convoy de los badenses. Despues de una valerosa resistencia en la que se distinguieron notablemente varios contingentes, sobre todo el llamado regimiento blanco, terminó la acción con la completa derrota del margrave.

Pero aquella derrota no fué vergonzosa como la sufrida un año y medio antes en la Montaña Blanca, pues las tropas se defendieron durante muchas horas, y aun despues que la batalla tomó un sesgo desfavorable para los que resultaron vencidos, estos se resistieron tan vigorosamente que aquella jornada, á los ojos de los contemporáneos, fué un timbre de gloria, no de mengua, para el ejército derrotado. Posteriormente embellecióse, como es sabido, aquel combate con la leyenda de los cuatrocientos aldeanos de Pforzheim que formando la guardia de corps del margrave se hicieron matar hasta el último de ellos para facilitar la retirada de su señor, y aunque las modernas investigaciones han demostrado que esa leyenda bordada con heróicos detalles es una invención de posteriores tiempos, ella prueba sin embargo, por el mero hecho de existir, que las siguientes generaciones guardaron grato recuerdo de aquel combate.

Sin embargo, la derrota, á pesar de la gloriosa resistencia de los badenses, fué por el pronto un golpe terrible para su margrave, quien perdió en aquella jornada 5.000 hombres entre muertos y heridos y 1.000 prisioneros, dejando además en poder del enemigo la mayor parte de los pertrechos de guerra, casi todos los cañones, el convoy, los bagajes, los víveres y la caja que contenía 100.000 thalers. Tales desaliento y aturdimiento causó al pronto esta pérdida al margrave que aconsejó á su hijo que firmara á toda costa la paz con el emperador; mas no tardó en recobrar su sangre fría y con el resto de su ejército unióse á Mansfeld que desde la batalla de Wimpfen habíase retirado á la orilla izquierda del Rin. Tilly, despues de haber dejado á Córdoba en observación de lo que aquellos hicieran, salió al encuentro de Cristian de Brunswick que entretanto se había aproximado al Main para reunirse con Mansfeld: este y el conde palati-

no trataban á su vez, como era natural, de juntarse con el administrador, y á este efecto atravesaron nuevamente el Rin, avanzaron á marchas forzadas hácia el Norte y llegaron, en 2 de junio, á Darmstadt. El landgrave Luis, cuya política de adhesión al emperador habíale enemistado con los protestantes, quiso huir, pero en su fuga cayó en poder del margrave de Baden y fué tratado desde entonces como prisionero.

Mientras esto ocurría, Cristian de Halberstadt, que á mediados de mayo había ido desde Paderborn hasta el Eichsfelde torciendo luego hácia el Oeste, es decir hácia el territorio de Hesse-Cassel, había intentado que á él se uniera el margrave Mauricio; pero este, á pesar de las vivas simpatías que sentía por Cristian, no tuvo valor suficiente para adoptar una resolución enérgica. De no haber perdido tanto tiempo en correrías y exigiendo contribuciones, Cristian hubiera podido encontrarse en Darmstadt á primeros de junio y reunirse allí con Mansfeld; pero con su tardanza dió tiempo á que entretanto se arrojaran sobre este los liguistas y los españoles. El día 8 de junio Anholt estaba en Otheim y el 13 Tilly penetró en el baillío de Dieburg: Córdoba acampaba en Zwingenberg, y los nuevos refuerzos imperiales que acababan de llegar, formando un ejército de unos 6.000 hombres al mando de Cariaccioli, en Miltenberg. Todos estos generales uniéronse en Dettingen, en la orilla derecha del Main, reuniendo de esta suerte 20.000 hombres. Cristian, que llegó el día 17 de junio á Hochst, hubiera podido evitar la batalla si oportunamente hubiese atravesado el Main; pero su afán por luchar y cubrirse de gloria hizo aceptar el combate, que se trabó el día 20 y que fué para él una derrota desastrosa, pudiendo á duras penas pasar aquel río con el resto de su ejército y reunirse con Mansfeld.

Esto no obstante, no debía darse aun por perdida la campaña: el Palatinado todavía se conservaba libre de los imperiales y liguistas. Mansfeld y Cristian decidieron invadir juntos la Alsacia y ya habían penetrado en ella cuando de repente recibieron la inesperada noticia de que el conde palatino los separaba de su servicio. Lo que no habían podido las armas conseguirlo las negociaciones diplomáticas en que el inexperto conde palatino vióse envuelto por el emperador ayudado por el propio suegro de Federico.

Jacobo de Inglaterra, en vez de acceder á los belicosos deseos de su parlamento, no había cesado, durante todas las luchas del Palatinado, de procurar con ayuda de las diplomacias de Bruselas, Madrid y Viena la reposición de su yerno en sus dominios hereditarios. El emperador mostróse durante algun tiempo inclinado á acceder á ello, ó por lo menos hizo ver que accedía, pero antes de declararse dispuesto á proseguir las negociaciones, pidió que Federico comenzara por deponer las armas y licenciara á Mansfeld y á Cristian de Brunswick: Federico se dejó convencer por su suegro y cediendo á tal exigencia retiróse á Holanda. Mas en vez de lograr con esto la paz que se le había ofrecido, vió como el emperador premiaba su sumisión apoderándose del Palatinado.

Licenciado por el conde palatino, Mansfeld invadió, casi sin plan y sin objeto, la Lorena, poniendo con ello en conmoción á los dos partidos franceses, entre los cuales había surgido nuevamente un serio conflicto, y al poco tiempo entró al servicio de los holandeses cediendo á las apremiantes súplicas de estos que querían sacudir el yugo opresor de Spínola. El día 29 de agosto y estando ya en camino de Holanda trabóse entre sus fuerzas y las españolas, que al mando de Córdoba iban en su seguimiento, una batalla en la que ambos ejércitos se atribuyeron la victoria: Mansfeld pudo

atribuirsela con tanta mayor razón cuanto que gracias á aquel combate consiguió proseguir libremente su marcha. Cristian de Brunswick recibió en aquella acción una herida de cuya consecuencia perdió el brazo izquierdo, mas no por esto se desalentó ni dejó de seguir tomando parte en la guerra, antes al contrario mandó decir á Spínola que si había perdido un brazo le quedaba aun otro para vengarse, é hizo acuñar con plata de su botín monedas con la inscripción «altera restat.»

Tilly, que no tenía ya enemigos que combatir en el Palatinado, tomó por asalto en setiembre la capital de este, Heidelberg, á la cual tenía puesto sitio desde 1.º de julio. Los soldados saquearon la ciudad cometiendo toda suerte de crueldades y desoyendo las órdenes de Tilly, que en mas de una ocasión intentó inútilmente oponerse espada en mano á sus desafueros. Heidelberg experimentó entonces una pérdida irreparable, cual fué la de la magnífica biblioteca Pa-



Thaler de Cristian de Brunswick. Plata. Fué acuñado con objetos religiosos y estatuas de santos de plata en Paderborn. Tamaño original. Real Moneterario de Berlin.

latina que el margrave de Baviera envió á Roma como presente al Papa. Rendida tambien Mannheim en noviembre, todo el Palatinado encontrábase de hecho en poder de los bávaros: la cuestión estaba entonces en convertir esta posesión de hecho en posesión de derecho, es decir, todo lo contrario de lo que se había prometido al crédulo conde palatino para hacerle deponer las armas. La promesa hecha á Maximiliano de Baviera en el tratado de octubre de 1619 debía ser cumplida: para ello convocó el emperador para el mes de diciembre de 1622 una asamblea de diputaciones que debería celebrarse en Ratisbona y habría de sancionar el traspaso de la dignidad electoral á favor de Maximiliano.

LA ASAMBLEA DE DIPUTACIONES DE RATISBONA

Ya desde un principio no se había hecho Fernando ilusión alguna sobre la enérgica oposición que en todo el mundo protestante levantaría la cesión á un príncipe católico de la dignidad electoral que hasta entonces había tenido el protestante Palatinado. De cuando en cuando preguntábase si no sería mas prudente llegar á un arreglo con el conde palatino, como seguía pidiéndolo el rey de Inglaterra ayudado por la corte de Madrid; pero cada vez que tal duda se le ocurría no tardaba en surgir ante sus ojos la imposibilidad de encontrar otra indemnización para satisfacer las desmedidas exigencias que formulaba Maximiliano de Baviera como premio del auxilio prestado en la guerra. El duque bávaro persistía enérgicamente en su punto de vista, en aquel tratado de octubre de 1619, en virtud del cual el emperador le había dado en prenda todos sus territorios para compensarle de los gastos para la guerra hechos y le había ofrecido la dignidad electoral, promesa esta última que Fer-